



El Trío de cuerdas de Sancti Spíritus y la tonadista Yaíma García confirmaron el arraigo de la música campesina en este terruño. /Foto: Perfil de Facebook de Cultura espiritvana

SANCTI SPÍRITUS

Cuna de la música campesina

La provincia demostró en el encuentro regional del Clásico nacional de punto cubano que es tierra fértil en ese género

Lisandra Gómez Guerra

Aunque la lluvia del pasado fin de semana intentó entorpecer la realización del encuentro regional del Clásico nacional de punto cubano 2018: Mi tierra es así, la voluntad de los amantes de ese género musical y los directivos del sector cultural en el territorio no dejaron que el tiempo opacara las melodías, las décimas y los versos improvisados.

Se convirtió, sin embargo, en atractiva jornada donde una de las más antiguas tradiciones de la cultura campesina se coronó con expresiones de calidad, llegadas desde Villa Clara, Ciego de Ávila y este terruño en busca de obtener el único pase de la región central al encuentro final, previsto del 12 al 14 de octubre en La Habana.

A pesar de que Sancti Spíritus mereció el segundo lugar, detrás de Villa Clara, sus cantores, músicos, improvisadores y tonadistas demostraron que no en vano habían merecido la sede de tan notorio certamen.

“Ya tenemos un prestigio a nivel de país, pues existe una estrecha relación con el Centro Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado, gracias a eventos como el Toda luz y toda mía y los que tienen lugar en la Universidad de Sancti Spíritus José Martí Pérez. Por supuesto, a esto le acompaña nuestra tradición ya que en Arroyo Blanco está el punto más antiguo de Cuba y el espiritvano es el más bello”, sentencia sin tapujos Antonio Rodríguez Salvador, integrante del jurado de la cita.

Y como verdaderos herederos de quienes crearon los típicos sonidos que merecieron la declaración de Patrimonio Cultural Inmaterial

de la Humanidad, subió a la escena el Trío de cuerdas de Sancti Spíritus, acompañado por el percusionista de Son del centro.

“Villa Clara no tuvo una gran ventaja por traer al Quinteto criollo, nominado a los Grammy Latinos en Estados Unidos en 2012 en el apartado de Mejor Álbum Tropical Tradicional, pues decidieron pequeñísimas diferencias, que quizá en otros certámenes ni se hubiesen tenido en cuenta. La calidad estuvo muy pareja. También influyó el desempeño de los repentistas, puesto que tuvimos como pata coja las ausencias de Raúl Herrera y Gabino Rodríguez”, añade.

Precisamente, al frente de la agrupación espiritvana estuvo el reconocido músico Juan Hernández, quien armonizó con exactitud el sonido de un trío con la música trovadoresca y campesina.

“Pienso que, más que una competencia, resultó un saludable intercambio donde ganó la música folclórica campesina. A nuestro trabajo también se le unió la maestría de Merari Mangly, quien creó 15 décimas en los días del evento, a partir de los retos que le impuso su homólogo y las creaciones pictóricas in situ de Mario Félix Bernal, igualmente inspirado por el ambiente que se respiraba allí”, rememora.

A juicio de Antonio Rodríguez Salvador, cuando se evalúa el punto cubano hay que tener el oído bien fino, pues resulta fundamental la música que nace de los instrumentos y no tanto así el repentismo, como quizá muchas personas pudieran pensar, ya que hay algunos como el de Arroyo Blanco donde poder improvisar de viene casi una utopía.

Otra de las novedades del encuentro regional, celebrado

en Sancti Spíritus, resultó el descubrimiento de Yaíma García, tonadista aficionada de la comunidad de Pozas.

Un miembro del jurado aseguró: “Es un verdadero hallazgo, es como si su voz tuviera miel. Si alguien dudara de la continuidad, ella y el resto de los jóvenes asistentes son suficientes para confirmar su buena salud en el tiempo”.

Incluso, refiere Juan Hernández, su interpretación fue aplaudida por la experimentada Ernestina Trimiño Velasco, quien la evaluó de exquisita.

No obstante, reconoce Rodríguez Salvador, aún se precisa mucho por hacer para acercarse a un mayor número de personas a ese género musical. Tal empeño se ha tomado muy en serio el repentista Luis Paz Esquivel (Papillo), director del Centro Iberoamericano de la Décima y el Verso Improvisado, promotor junto al Instituto Cubano de la Música de esta segunda edición.

“Sigo sus pasos por Facebook y se mueve por todo el país para apoyar cuanto evento se realiza porque, aunque tengamos mucha tradición, hay que potenciar a quienes la materializan porque la Unesco cada cierto tiempo visita la isla para validar o no la condición del punto cubano como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad”, afirma.

Lamentablemente, nuestro terruño no estará entre los tres grandes —Pinar del Río, Las Tunas y Villa Clara— en el encuentro nacional, durante la Jornada por la Cultura Cubana, en el mes de octubre. Mas, desde aquí aún hay varias generaciones que salvaguardan con dientes y uñas el punto cubano, como verdadera joya de nuestro acervo cultural.

Nevada en pleno agosto

Después de un ensayo con público, al que asistieron invitados como el dramaturgo Abel González Melo y el teatrólogo Omar Valiño, Cabotín Teatro augura éxitos a su más reciente montaje

Roger Fariñas Montano

La trilogía *Fugas de invierno* (2004-2009), de Abel González Melo, que incluye los textos teatrales *Chamaco*, *Nevada* y *Talco*, es parte de un macroproyecto que el autor concibe como una dodecalogía urbana: 12 obras, divididas en cuatro trilogías, cada una de una estación del año, que planeó escribir a lo largo de tres lustros. *Fugas de invierno* habla de manera implacable sobre la marginalidad en determinados paisajes de La Habana actual. González Melo encara como dramaturgo tres historias muy bien conectadas, que discuten sobre espacios poco perceptibles ante la conservadora imagen que nos hemos inventado de Cuba y sus enormes ambiciones. Nos propone la otra cara de la moneda: arrasada por las miserias económicas donde sobreviven día a día personas accidentadas por la violencia, la corrupción y la desmoralización.

Bajo estas inquietantes temáticas Cabotín Teatro estrena *Nevada*, una de las piezas esenciales de esta trilogía, con puesta en escena de Laudel de Jesús. La obra es un grito desgarrado, una cita con el dolor, con personajes y escenarios ligados a una marginalidad violenta y forzada al desplazamiento material y psicológico. La obra es una apuesta por discusiones urgentes de la actualidad, una radiografía de la familia y su constante desestructuración, junto a su eterna ansiedad de resistencia. En ella la periferia a la que Abel González Melo predestina a sus personajes no resulta necesariamente geográfica, más bien se trata de un borde moral y circunstancial en crisis. Una franja entre lo delirante —parejas cruzadas, relaciones amor-odio, tensiones y mentiras vulnerables, anhelos cortados— y lo trágico, capaz de llevar a una joven de 17 años a prostituirse y a matar a su novio con una pistola.

La emigración accede a otra escala dentro de los límites de *Nevada*, donde los personajes, marcados en extremo por la inestabilidad, entran en contradicción con sus expectativas vitales, sus condiciones económicas y un decadente encaje con el medio. Su desapego de la sociedad los impulsa a cometer delitos y trabajos ilegales, como el consumo de drogas y el mercado sexual. Cuestionamientos inherentes a los jóvenes, quienes a veces, buscando la salida, encuentran en el éxodo ese punto de fuga a sus problemas.

TRILOGÍA DE LA HABANA CLÁSICA

Laudel de Jesús, director de la puesta en escena, consciente de que esta es una fábula posible de la contemporaneidad, es hábil al conectar con la intención del autor a la hora de hilar una realidad que está viva, muta y se transforma demasiado aprisa. Ambos poseen la capacidad de explicarse el teatro más como una creación poética de esa realidad que como un documental. Tal y como el propio autor ha confesado, elige hablar de “gente insatisfecha porque en la realización no encuentro el drama, lo encuentro en la desfachatez y la intemperie. Hablo del pan con un cuchillo adentro que hace daño justo cuando es mordido”.

El dramaturgo resuelve traer perspicazmente este texto a la poética de Cabotín... y hablar de esas personas desconsoladas, que se aíslan a sí mismas en el vicio, y que resucitan de las ruinas de la depresión continuamente, se escudan en las noches de ese pedazo de La Habana, en el hedor a sexo, en las drogas, siempre jugando al filo de la navaja y coqueteando con la muerte.

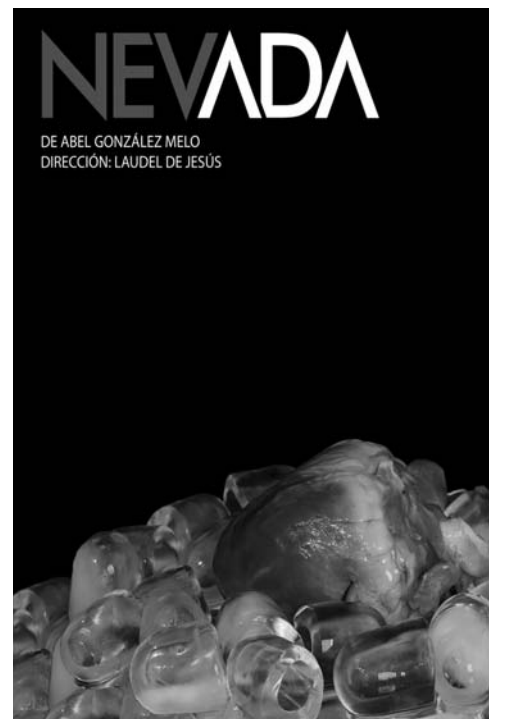
González Melo y De Jesús desconfiguran la cartografía real que dispone las partes originarias de la urbe y la (re)componen a su antojo. A su antojo también hacen coincidir a estos personajes —todos con biografías

muy particulares— y los funden en una serie de situaciones posibles donde exponen sin escrúpulos los apetitos más instintivos y los pensamientos más perversos. Seres afligidos que no conocen otros más que estos escenarios circunstanciales, se cuidan lo mejor que pueden, siempre mirando por encima del hombro y al acecho brutal de sus presas.

Nevada, como las otras dos obras que conforman la trilogía, invita a una revisión de personajes que merodean por la ciudad en busca de un modo de supervivencia, en escenarios vitales desde donde comercian viviendas, mujeres y hombres como producto sexual, incluso, la vida. La obra desmitifica esa imagen de La Habana segura e inmaculada por una más apática y trasnochada.

Tuve la oportunidad de acompañar de cerca el proceso de montaje y fui testigo de la evolución del elenco en el trabajo de dilucidación y en el revelar los puntos psíquicos y externos de sus personajes. Laudel, quien fue beneficiado por la fortaleza del elenco, y la certera concepción de escenografía y de vestuario a cargo de José A. Rodríguez, ha creado una dramaturgia para la escena que es efectiva para reorientar la mirada del espectador en una trama que, paradójicamente, está enmarcada en La Habana pero que puede suceder en cualquier otro sitio de la Isla. La idea central es retocar, desde la escena, la imagen de la urbe capitalina y desmitificarla sobre estos espacios marginales poco contemplados, y en los que fluctúan y acontecen los sucesos de esta historia. El director, enfocado en desandar por nuevos caminos de búsquedas de lenguajes y de la verdad del actor, no se limita a enmarcar esta ficción en los escenarios prescritos en el texto ni hablar de personajes que coexisten en los mencionados espacios habaneros, sino que aspira de manera simbólica a transcribir y recontextualizar el espectáculo para que pueda dialogar desde cualquier otra capital.

Finalmente, *Nevada* no muestra al hombre como creación triunfal, sino más bien como un ser egoísta y perverso; sin embargo, es una obra llena de ilusión. En la austeridad de su escritura, habla del amor, por extraño que parezca, pero confinado a una permanente intemperie: vis a vis con estos diálogos llenos de soledad, con el hombre y sus biografías inconformes, con sus propios instintos de supervivencia.



Cartel promocional de la obra, concebido por el joven creador José Alberto Rodríguez.